

Monarquías y dictaduras



Martes, 1 de marzo de 1938

Quizás sería más exacto decir «Monarquías o dictaduras»), pero entonces la expresión disyuntiva ocultaría un cierto obstáculo en la elección que sólo los monárquicos pueden hacer mientras que para nosotros solamente existe la imposibilidad de escoger. Aunque existe entre monarquía y dictadura una incompatibilidad profunda de ambiciones arbitrarias, que los recientes acontecimientos del III Reich no han hecho más que recordar, porque existía y se había mostrado incluso en Alemania desde el primer momento. Hubo siempre en la propaganda del nazismo, y desde su llegada al poder, una dirección antimonárquica, escondida y oculta a veces en las consideraciones puramente tácticas.

Desde luego es el mismo fenómeno que podemos constatar en todas partes, a excepción de unas diferencias de matiz debidas a las circunstancias de cada país, o de los grados propios de educación, o más bien de delicadeza.

Sin salir de los países germánicos, encontraremos en Austria, una vez desterrada la democracia, que la lucha estaba circunscrita —aunque quedara enconada— entre la restauración y la dictadura, y de una manera más feroz aún entre el matiz nazi de ésta y de los partidarios de los Habsburgo destituidos.

Es evidente también que las dictaduras de cualquier matiz o color, más o menos comprobadas o declaradas, que se mantienen o se desarrollan en otros lugares, se valen de formas, apariencias o supervivencias republicanas. Ese hecho no es agradable para nosotros los republicanos, tampoco es muy alentador para las ilusiones de los monárquicos, en cuanto a la suerte de un renacimiento de la institución monárquica, apoyada sobre la amargura dictatorial, tan a la moda.

Lo mismo ocurre en las repúblicas americanas tan sometidas a menudo al capricho o al despotismo de un presidente dictador, que sufren sin pensar en nuevas veleidades imperiales, que por el contrario no toleraron de ningún modo antes, en provecho de un héroe nacional como Iturbide o en beneficio de una dinastía como la de Maximiliano, sostenido por la fuerza imponente del Se-

gundo Imperio.

Entre los horribles disturbios de la guerra civil española, es fácil descubrir que, como la preocupación principal para la dictadura roja fue dominar la discordia entre marxistas y socialistas. de igual modo, corresponde, en la zona de la dictadura blanca o negra, el conflicto no disimulado entre los «requetés» monárquicos -aunque divididos entre ellos sobre el pretendiente- y la mayoría de («falange», anti-monárquicos por sus tendencias, por sus orígenes y casi por definición.

En Portugal, la dictadura mostró una indiscutible suavidad apartando el problema del régimen, aprovechándose a la vez de los partidarios de la Casa de Braganza.

Ese recorrido que acabo de recordar, nos muestra que allí donde la monarquía ya no existe las dictaduras no piensan de ningún modo en restablecerla, e incluso en restaurarla. En todos sitios, los dictadores, frente a una demanda de restauración monárquica, responden con firmeza con un aplazamiento puro y simple *sine die*, agravada por una objeción perentoria de peligrosa inoportunidad, que significa, bien entendida, una desestimación de demanda.

El caso de Italia no contradice en absoluto la impresión general de la experiencia ni su alcance. El fascismo dudó hasta la víspera de su advenimiento, y como buen dictador, resolvió a fin de cuentas disminuir las resistencias y aumentar las fuerzas de apoyo, respetando una dinastía popular. Pero la desaparición de esta alcanzó unas formas que no fueron sobrepasadas en el Imperio del sol naciente en la época antigua. La monarquía italiana conserva un cierto papel en un sentido único: en cuanto que no se confunde totalmente con la dictadura. Se lucha en todas partes ferozmente -y desgraciadamente también España- acerca del reconocimiento internacional de un título de majestad imperial; pero excluyendo el problema de prestigio exterior y de refuerzo de la autoridad moral en Etiopía, cuestión que desde el punto de vista del poder político interior, no tiene alcance.

No se podrá negar que el sueño de una dictadura monárquica, ejercida de acuerdo con el rey, y empeñando en ello la responsabilidad personal de éste, puede ser aún forjada. Pero el arte teatral no ofrecerá más que dos desarrollos probables y ambos desgraciados para tal aventura: o la ópera cómica con la caída de la autoridad real con aire alegre de una música ligera; o si la aventura fuera más valiente y más serena, evocaría las tragedias clásicas con todos los destrozos de la fatalidad inexorable.

En fin, la alianza total, soñada por algunos («totalitarios», entre monarquía

y dictadura, para hacer la reacción tan formidable como permanente, no es más que una ilusión sin fundamento y sin futuro. Esa constatación es una luz de esperanza entre las nubes oscuras y pesadas que planean el horizonte de las tan amenazadas democracias.

Y la constatación de los hechos será aún más tranquilizadora para el presente, y más alentadora para el futuro, si es reforzada por la búsqueda de sus causas explícitas de todo orden.